

“de nuestras tropas como de las del enemigo, sean atendidos con la mayor eficacia, proporcionandoles cuantos cuidados y auxilios requiere su triste situacion, sobre lo cual hace á V. El. una especial recomendacion, encargandole que estienda un particular cuidado respecto de D. Luis Osollo para que no carezca de ningun auxilio.”

La herida de Osollo era incurable, y fué preciso amputarle el brazo para salvarle la vida. El general Parrodi le manifestó el sentimiento que aquella desgracia le causaba, y el prisionero respondió: “Me queda otro brazo, general; pero nunca me servirá para desenvainar la espada por hombres como estos.” El caudillo rebelde habia visto sin duda entre los hombres de la reaccion, cosas que repugnaban á sus sentimientos caballerescos, y lo manifestó con aquellas palabras, y con otras que agregó al mismo propósito. Al referir Parrodi estos incidentes en carta particular dirigida al Presidente de la República, le decia, pidiendo gracia para Osollo: “Me dirijo al mismo general que dijo en Puebla: *los heridos no me pertenecen porque ya Dios los ha castigado*; é imploro su clemencia para este desgraciado joven.”

Osollo fué indultado; y en cuanto estuvo en disposicion de ponerse en camino, pasó á la capital, donde vivió tranquilamente largo tiempo en el seno de su familia.

Mas no fué él solo el objeto de la generosidad del Presidente. Al mismo tiempo que sus armas derrotaban á

las falanges rebeldes de la Magdalena, decretaba un indulto general en favor de todos sus enemigos, y mandaba sobreeser en todas las causas que por delitos políticos estaban pendientes. Las puertas de la prision se abrieron para todos los rebeldes y conspiradores que estaban encausados, y estos pudieron regresar al hogar doméstico á vivir pacíficamente, porque el gobierno arrojaba sobre todo lo que habia pasado, el velo del olvido.

Sucesivamente fueron cayendo en poder del gobierno los principales caudillos de la revolucion. El 12 de Febrero ocupó Vidaurri á San Luis, é hizo prisioneros á Othon y Alfaro con veinte gefes y oficiales mas, y cerca de 200 hombres con que habian vuelto á apoderarse de aquella poblacion. Pocos dias despues los vecinos de Tierra Blanca, pequeña aldéa de la Sierra, tomaron un convoy de Calvo, y rescataron cerca de veinte mil pesos de los que los rebeldes habian tomado en San Luis; y aunque Calvo se pudo escapar por entonces, no tardó en ser aprehendido en Aguascalientes, donde estaba procurando otro movimiento reaccionario. En poder de estos caudillos y de otros que por aquellos dias fueron presos, se encontraron papeles que arrojaron mucha luz sobre los misterios en que estaban envueltas las empresas reaccionarias, y de algunos de aquellos documentos pudo inferirse que la ocupacion de los fondos depositados en el consulado inglés de Tepic, habia sido ordenada por el Directorio conservador establecido en la capital.

Al mismo tiempo que se verificaban estos acontecimientos, recibióse en la capital la noticia de haber terminado la sublevación de Tampico. Como aquello era en realidad una cuestión local, agriada por rencillas personales, el gobernador y comandante general D. Juan José de la Garza, había tenido la abnegación y el buen sentido de allanar su resolución renunciando el mando. Admitida esta renuncia, el gobierno había nombrado para reemplazarle al general D. Tomas Moreno; y la presencia de este respetable militar, que acababa de agregar á sus antiguos laureles los del triunfo de Puebla, bastó para que los sublevados de Tampico se sometieran, sin que costara este feliz suceso una gota de sangre. Ya se había manchado con ella la rebelión de Gauthier y de sus compañeros: encargado de reducirlos el prefecto de Huejutla, D. Francisco Andrade, se había situado en Pueblo Viejo con unos 300 hombres, y había dirigido desde allí comunicaciones amistosas al caudillo de la revuelta, invitándole á que volviera al orden; pero en lugar de acceder á este llamamiento fraternal, mandó el día 6 una partida de tropa, que entró á deshora en Pueblo Viejo; y aunque cogió desprevenida á la gente de Andrade, trabóse una sangrienta refriega, en la cual pereció el denodado prefecto con mas de ciento de los suyos. Díjose que mas bien habían sido asesinados que muertos en buena lid: si esto fué verdad, no se hizo aguardar mucho tiempo la espacion, porque el malaconsejado jóven Gauthier Valdomar pereció tambien pocos meses despues de una manera desastrosa.

El horizonte se aclaraba otra vez para el gobierno, y todos los motivos de angustia que en los primeros dias de Enero existian, se habían convertido ya á mediados de Febrero, en otros tantos motivos de consuelo y de esperanza. Zuloaga y Haro habían restablecido en el Sur la confianza y la seguridad, limpiando de malhechores los distritos de Cuernavacau y Cuantla: Morett y Gonzalez habían casi esterminado las partidas de rebeldes que vagaban por el Estado de Méjico: Tampico estaba sometido, y el prestigio del general Moreno era una garantía de orden para Tamaulipas: Yañez estaba ya en Mazatlan, y con él allí, nada tenían que temer las comarcas amenazadas por filibusteros: en fin, el triunfo de la Magdalena tenía una significación tan importante en favor del prestigio y de la fuerza del gobierno sobre sus enemigos, que visiblemente parecía consolidado su poder y asegurada la paz de la nación por mucho tiempo.

Un incidente ocurrió, que turbó aun por algun tiempo estas lisongeras esperanzas: por lo menos, en él cifraron todavía las suyas los partidarios de la reaccion, despues de haberlas casi perdido en la jornada de la Magdalena.

El general D. José Maria Blancarte, gefe político y comandante militar de la Baja California, había abandonado aquel Territorio sin permiso del gobierno, sacando de él toda la fuerza que le guarnecía y que pasaba de 400 hombres: había desembarcado en San Blas, y había pasado por Tepic de paso para Guadalajara; pero alarmadas

las autoridades de aquella ciudad con tan inesperada aparición, se habían preparado para recibirle como enemigo, y él se había detenido en Zapópan.

Blancarte había participado al gobierno su llegada, disculpando su conducta con la miseria á que estaba reducido en aquel lejano territorio, y protestando que él y su gente estaban dispuestos á sostener el orden donde el gobierno los destinára. Pero como el abandono de su destino era desde luego una insubordinación; como no solamente había sacado toda la tropa, sino todos los pertrechos de guerra y hasta los cañones que estaban destinados para la defensa del territorio; y como acompañaban al hecho otras circunstancias altamente alarmantes, el caso era tan apropiado para inspirar recelos á los amigos de la administración como para renovar las muertas esperanzas de sus contrarios.

Coincidió con este hecho la sublevación de los pueblos de indios situados en las márgenes de la Laguna de Chapala, que hostigados por pérfidas sugerencias, se lanzaron tumultuariamente en aquellos días contra las haciendas de los contornos bajo el antiguo pretexto de recobrar los terrenos que decían les tenían usurpados los blancos. Hubo con este motivo escenas de sangre y desolación, que pusieron espanto en toda la comarca y en grande aprieto á las autoridades de Jalisco: y estos acontecimientos sirvieron también de mucho para que los reaccionarios alimentá-

ran la esperanza de recobrar á favor de ellos el terreno que habían perdido.

Desde el 5 de Febrero en que Blancarte se situó en Zapópan, se dijo que aquel jefe mantenía inteligencias con los descontentos de Guadalajara; y no faltaron partidarios de la revolución, de los que se mostraban más ardientes, pero que más la deshonraban, que divulgaron en son de triunfo la especie de que las protestas de adhesión de Blancarte no tenían por objeto sino engañar al gobierno para dar más fácilmente el golpe que tenía meditado. No fué posible averiguar la verdad de sus intenciones, pero lo cierto es que le hablaron en Zapópan algunos emisarios del Directorio conservador, y que aunque no lograron decidirle á levantar francamente una bandera rebelde, permaneció en aquella actitud ambigua todo el mes de Febrero, dando pábulo á las esperanzas y á los temores de que la reacción volvería á levantar la cabeza en Jalisco.

Decidióse por fin el gobierno á cortar de raíz aquel último estorbo de la paz pública, y dió orden á Parrodi para reducir al orden á Blancarte de grado ó por fuerza. El vencedor de la Magdalena, después de haber sido objeto de entusiastas ovaciones en diferentes pueblos del interior, marchó á cumplir su encargo al frente de 1500 hombres. Llegó á San Pedro, pequeña población cerca de Guadalajara, y desde allí ordenó terminantemente á Blancarte que entregara sus fuerzas y pertrechos al general Rocha, y que se le presentara inmediatamente para comuni-

carle órdenes supremas. Blancarte obedeció, ya porque obrase de buena fé, ó ya porque no se consideraba bastante fuerte para resistir: presentóse en San Pedro al general Parrodi, y este le mandó preso á la capital. Así acabó lo de Blancarte á 1.º de Marzo.

En cuanto á los indios sublevados de Chapala, el mismo general Rocha fué enviado contra ellos, y en poco tiempo los puso en paz, ya empleando la persuasion con los inocentes seducidos, ya escarmentando con severas justicias á los revoltosos.

De esta manera el mes de Marzo de 1857 anunciaba para la República mejicana una época de paz, del mismo modo que la habia anunciado el mes de Marzo de 1856. El gobierno habia triunfado por tercera vez de sus enemigos, y aquella vez como las otras habia tenido la gloria de vencerlos con la espada luchando en los combates, y con la clemencia perdonandolos despues de la victoria. Y no solo habia hecho esto, sino que á fuerza de constancia, de paciencia y de fortuna, habia logrado suavizar la rigidez de los exaltados que no aprobaban su política, infundiendo en muchos de ellos sus ideas de conciliacion y de tolerancia.

La primera señal de esta situacion en que se encontraron los ánimos despues de verificarse los principales acontecimientos que se han referido, fué la esposicion que hicieron al Presidente algunas de las personas mas notables

del partido liberal, en favor del convento de San Francisco y de los Religiosos que estaban encausados por la conspiracion de Setiembre. Los autores de la esposicion, despues de elogiar la conducta del Presidente, que habia sido severo, enérgico y justiciero para castigar un escándalo y salvar de un conflicto á la ciudad, apelaban á sus sentimientos de magnanimidad y de clemencia para que les concediera la gracia que solicitaban. “Pedimos, decian, indulgencia y gracia en favor de esa casa religiosa tan querida de los mejicanos, y nos atrevemos á asegurar que la *Orden* no ha sido culpable, y que ninguno de sus individuos volverá á ser obgeto de la justicia de V. E.—“Concédales V. E., añadian despues, que vuelvan á ocupar la parte libre de su convento, y á sostener el culto que tanto ha brillado en su antiguo templo. Otórgueles V. E. esta gracia, cuando se propone dispensarlas á todos los mejicanos estraviados, y así dará V. E. un nuevo y espléndido testimonio, de que si sabe castigar con toda la inflexibilidad de la justicia, es tambien indulgente despues del escarmiento. ¡Que en este acontecimiento brillen como siempre las virtudes de V. E!”

Esta esposicion fué hecha el 17 de Febrero, y el 19 salió un decreto concediendo á los franciscanos la gracia de restablecer su convento, y mandando sobreseer en la causa que se les seguia.

Aunque esta providencia no sorprendió á nadie, porque no eran una novedad para el país los sentimientos ge-

nerosos del Presidente, causó maravilla la publicación de la solicitud, porque la mayor parte de los que la firmaban, eran de los que mas se distinguían entonces por la exaltación de sus opiniones,* y algunos de ellos eran mas conocidos por su desafecto que por su amor á los institutos monásticos. El paso que dieron, fué una prueba evidente de que el pensamiento de Comonfort habia estendido su influjo, templando el ardor de las pasiones políticas aun en los corazones mas fogosos.

Otra señal de las tendencias conciliadoras que habian llegado á dominar en los ánimos, fué el empeño con que entonces se procuró hacer efectiva la reconciliación de los partidos, y el modo con que ventilaron esta importante cuestion los periódicos liberales. Uno que por su carácter semioficial era considerado como el eco de las opiniones del gobierno,† decia que estando ya desconceptuadas y vencidas la facción retrógrada y la facción demagógica, habia llegado una ocasion oportuna para que se reconciliaran el partido liberal y el partido conservador. “Ha muerto, decia, una facción sanguinaria y vengativa; la fac-

(*) Hé aquí los nombres de los que firmaron aquella esposicion:

D. Marcelino Castañeda, Francisco Zarco, D. Guillermo Prieto, D. Ignacio Reyes, D. Manuel María Vargas, D. Antonio Escudero, D. Ignacio Ochoa Sanchez, D. Pedro Contreras Elizalde, D. Rafael María Villagran, D. Pedro Baranda, D. Pedro Irigoyen, D. José Eligio Muñoz, D. Pablo Tellez, D. Juan de Dios Arias, D. Benito Quijano, D. José Mariano Sanchez, D. Mariano Ramirez, D. José María Cortes y Esparza, D. M. Payno, D. José de Empéran, D. J. Mariano Viadas, D. José María del Castillo Velasco, D. Benito Gomez Farías, D. Félix Romero, D. Luis Gutierrez Correa, D. José S. Querejazu, D. Manuel Zetina Abad.

(†) *El Estándarte Nacional.*

ción de las conjuraciones tenebrosas, de los proyectos de matanza, de los engaños y traiciones, de las venganzas y de los sacrilegios. Los enemigos leales del gobierno deben celebrar su muerte, porque libres de ella, podrán ahora defender sus doctrinas en la prensa y en la tribuna, sin mancharse de sangre.” “¿Dónde está, decia tambien, la facción demagógica? No la vemos; solo vemos un partido que se llama liberal, porque es amigo de la libertad y del progreso. ¿Dónde está la facción retrógrada? Tampoco la vemos, porque ya no sale á la luz del dia; solo vemos un partido que se llama conservador, porque es amigo de las tradiciones.” Aconsejaba aquel periódico al partido conservador, que abandonára el terreno de la fuerza, donde tantas veces habia sido derrotado, y que se resolviera á sostener sus doctrinas en el terreno de la discusion. “En ella se verá, decia, si á Méjico le conviene mas propender al orden que á la libertad, á las tradiciones que á las reformas; cosa que no puede verse en los campos de batalla; y si la discusion es imparcial y concienzuda, como cumple á adversarios leales é ilustrados, la reconciliación puede ser completa, porque se verá que ni los unos se oponen á las esperanzas del porvenir, ni los otros menosprecian las lecciones de lo pasado.”

Otro periódico que se habia señalado siempre por el ardor de sus opiniones democráticas,* decia tambien hablando del mismo asunto, con motivo de la lucha electoral que se acercaba: “Las facciones están vencidas... no

(*) *El Monitor Republicano.*

es posible que se entronicen ni la demagogia ni el retroceso . . . dos partidos existen, el liberal y el conservador: en ambos hay buena fé y un mismo obgeto, que es la felicidad comun. . . La época de la discusion ha llegado: la administracion actual dá suficientes garantías de que respeta la libertad de los ciudadanos para constituirse de la manera que mejor cuadre á sus sentimientos: así, procuraremos la eleccion mas acertada, y busquemos á los que hemos de elegir, no en el seno de este ó aquel partido, sino donde nos los designen los antecedentes del patriotismo, de la virtud y de la inteligencia."

Por fin, otro periódico que se opuso constantemente á la fusion de los partidos, por considerarla perniciosa y aun imposible,* decia sin embargo, hablando del partido conservador y de la constitucion que acababa de promulgarse: "Si hay un partido que por respeto á las tradiciones de lo pasado, cree de buena fé que nuestro pueblo aun no está maduro para la libertad ni para la libre discusion de sus negocios; si hay un partido que quiera robustecer mas el poder, restringir las libertades locales, y limitar ciertos derechos; ese partido aceptará con gusto el orden constitucional, y apelará á las armas legales, á la prensa, á las elecciones, á la tribuna, para sostener y propagar sus ideas con franqueza y lealtad."

Tal era el espíritu de la prensa en aquellos dias, y en

(*) *El Siglo XIX*,

él se revelaba el espíritu del gobierno. Sus enemigos acababan de ser derrotados en su último campo de batalla, y no les quedaba al parecer ninguna esperanza de renovar la lucha: los vencedores les abrian otro palenque, les tendian la mano, les brindaban con otras armas; y el gobierno de Comonfort estaba allí con su bandera conciliadora para presidir los nuevos combates, dignos de la civilizacion y de la filosofia.

Si el verdadero partido conservador hubiera estado entonces convenientemente organizado, habria sacado provecho de la ocasion que se le presentaba para volver por el honor de sus principios, limpiandolos de las iniquidades que se habian cometido en su nombre. Habria abandonado las vías de hecho, que tanta sangre y tantas lágrimas habian hecho derramar, y habria aceptado el terreno que se le ofrecia para continuar sosteniendo sus ideas, puesto que en él podia contar con tantas esperanzas de triunfo como sus adversarios, estando como estaba la opinion tan resueltamente pronunciada contra la demagogia como contra el retroceso. De este modo se habria operado la reconciliacion de los partidos que habia sido el pensamiento culminante del gobierno, y este habria podido realizar los planes que habia concebido para restablecer al pais de tantos quebrantos, y esplotar sus elementos de prosperidad y de riqueza. Las medidas que habia dictado con este fin, enmedio de las atenciones de la guerra y de las angustias del erario, se habrian llevado á efecto sin contradicciones ni tropiezos: se habrian mejorado los ca-